

obtenido de S. M. el título de almirante de esta expedición, no mas feliz que las muchas otras antecedentes. Llegados á aquella costa, la codicia de las perlas y el deseo de enriquecerse sin algun riesgo propio embriagó de tal suerte los ánimos, que sin respeto alguno á la humanidad, ni á las piadosas intenciones del rey católico, no pensaron sino en el buceo de las perlas, obligando á los salvages con crueles vejaciones á servir á su avaricia. Aun entre los mismos españoles eran tan continuas y tan ágras las disenciones sobre la distribución de la pesca, que llegaron muchas veces á las manos con heridas y con muertes. El almirante, aunque le cabia una gran parte de la ganancia; pero viéndose imposibilitado por la discordia de los suyos y disgusto de los naturales á introducirse y poblar en el país, hubo de volver á Nueva-España. A su vuelta, gobernaba ya estos reinos el Exmo. Sr. D. Antonio Sebastian de Toledo, marqués de Mancera, que mal satisfecho de la conducta del almirante Pinadero, informó á la magestad del Sr. D. Felipe IV de las circunstancias y éxito de la expedición.

1665.

La muerte de este piadosísimo rey, que sobrevino luego el 17 de setiembre de 1665, no permitió tomar las providencias necesarias con la prontitud que el asunto demandaba. La Señora Doña Mariana de Austria, regente del reino, en la menor edad del Sr. D. Carlos II, en cuanto se lo permitieron los negocios, condenó al almirante Pinadero á hacer á sus espensas nueva entrada en California en cumplimiento del asiento y convenciones hechas con el Sr. D. Felipe IV. Aunque apenas habia pasado un año desde la expedición antecedente; sin embargo, los dos barcos fabricados en el valle de Banderas, no se hallaron en estado de poder navegar, y el almirante hubo de emprender en Chacala la construcción de otros dos que no pudieron concluirse hasta principios de 1667.

Imágen de S. Francisco Javier en Veracruz.

El año de 65, de que vamos hablando, es muy memorable al colegio de Veracruz y á toda aquella ciudad. Por el mes de setiembre surgió en aquel puerto la flota del general D. José Centeno de Ordoñez, en cuyo convoy tenia una de las naos marchantes el nombre de S. Francisco Javier: era barco nuevo, y aquel el primer viage que hacia á cargo del capitán D. Juan Arzú. Habia mas de veinte dias que estaba amarrada á las argollas del castillo de S. Juan de Ulúa, y ademas asegurada con seis anclas. Todos estos reparos fueron muy débiles para la furia del norte que el 15 de octubre se espermentó en aquel mar. Jamás se habia visto ni se ha repetido después mas espantosa borrasca. Los bergantines y otras embarcaciones pequeñas, llegaron

á navegar por las calles de la ciudad que se inundó enteramente. Todos los navíos de flota padecieron mucho. El S. Javier especialmente, rotas las amarras, y arrancadas las argollas de bronce que lo sostenian, volvió la popa al viento, y fué á quebrantarse sobre el arrecife que está á sotavento de la ciudad. † Segun toda apariencia, las tablas y mástiles despedazados debian seguir este mismo rumbo, y efectivamente lo siguieron, llevadas de las olas, como tambien gran parte de la carga. Solo unas tablas mal unidas en que venia pintada la imágen de S. Francisco Javier con una dirección enteramente contraria á las ondas y al viento, vino derechamente á la ciudad, que entónces aun no estaba ceñida de muralla, ni con estacada alguna. Con el mismo flujo y reflujo de las olas, comenzó á golpear la puerta seglar de nuestro colegio, que mira ácia la playa. Duró casi toda la noche sin apartarse del mismo puesto, hasta que á la mañana los padres Antonio de Mendaña y Pedro de Echagoyan, viendo que continuaban los golpes, mandaron recoger la tabla y al voltearla se reconoció la imágen del Santo apóstol de la India, y titular de aquella iglesia y colegio, donde queria ser singularmente venerado. Pareció desde luego muy singular tanto á los padres, como á todos los hombres cuerdos de la ciudad el modo con que habia venido hasta allí aquella tabla, no habiéndose visto algun otro fragmento del navío en toda la playa, como tambien que siendo de tres tablas groseras y toscamente unidas no se hubiese deshecho la union, ni desfigurádose la imágen con haber estado tanto tiempo sobre el agua salada. A esto se puede añadir el dia de hoy, despues de las de cien años de este suceso, la permanencia de los colores en tierra tan caliente y húmeda, donde con suma facilidad se desvanecen, y lo que es aun mas singular, que siendo de las tres tablas dos de cedro y otra de pino, materia tan fácilmente corruptible, persevera aun sin el menor indicio de corrupcion. La imágen tiene el color macilento, las mejillas cardenas, y las manos en el comun ademan de levantar la ropa del pecho. A pesar de la grosería de la materia y tosquedad del pincel, tiene un aire magestuoso que inspira veneracion á cuantos atentamente la miran, y la ciudad de Veracruz ha espermentado en muchos casos singulares la proteccion del Santo. ‡ Posce aquel colegio la

† Se conoce con el nombre del *Bajo de la Lavandera*, y está á la vista; es horrible escollo.

‡ Téngase presente que á la buena crítica del padre Alegre se reúne la circuns-

singular reliquia de un dedo de su mano derecha que trajo de Goa el padre visitador Juan de Bueras, y muriendo el año de 46 lo dejó al colegio de Veracruz por estar consagrado al glorioso apóstol de las Indias. Con el nuevo acaecimiento creció mucho mas la devocion que se tenia á aquella preciosa reliquia, que era el remedio comun de todos los vecinos en sus peligros y enfermedades.

Congregacion de esclavos en Puebla.

En el colegio del Espíritu Santo de la Puebla se dió por este tiempo toda su perfeccion á un establecimiento muy útil y que se habia proyectado desde dos años ántes. Fué este el de una congregacion de *negros esclavos* con título de esclavitud de la Santísima Virgen. Habiéndose fundado tantos años ántes la congregacion de la Anunciata para los españoles, y teniendo los indios su cofradía en la capilla de S. Miguel, que despues de las contradicciones pasadas, habia de nuevo confirmado con su apostólica autoridad la santidad de Alejandro VII, no pareció conveniente dejar sin alguna parte de este provecho espiritual á los esclavos; tanto mas, quanto que sus ordinarias ocupaciones y atencion al servicio, no suele dejarles lugar para asistir en otros dias. Una especie de átrio ó vestibulo del antiguo templo, se destinó para los ejercicios piadosos de la congregacion con una devota imágen de nuestra Señora en un curioso retablo. El prefecto de la congregacion, que era uno de los sugetos mas autorizados del colegio, se interesaba con sus amos para que los domingos y principales fiestas de nuestro Redentor y de su Santísima Madre les dejasen algunos ratos libres para cumplir con las obligaciones de congregantes. Dentro de poco no fué necesaria esta providencia, porque los amos mismos reconocieron el fruto en la prontitud y fidelidad del servicio, en la quietud de sus familias, y la instruccion y reforma de sus criados, los enviaban á porfia para que diesen su nombre en tan gloriosa esclavitud. † Se les hacian pláticas proporcionadas á su condicion y á su rudeza, y en determinados dias visitaban con el prefecto las cárceles y hospitales, sirviendo á los enfermos y procurándoles de su pobreza algunos socorros con edificacion de sus mismos dueños y de toda la ciudad. Avisaban fielmente á los congregantes enfermos, les procuraban algunos alivios

tancia de ser originario de Veracruz, y nadie ignora lo que pasa en su propia casa, ó lugar de su nacimiento. La imágen dicha se halla copiada á la entrada del coro del colegio de S. Gregorio.

† Hoy no se conoce un esclavo en Puebla, ni en ninguna parte de la república. ¡Gracias á Dios! ¿Qué dirán de estos los liberalísimos tejanos que quieren poblar aquella comarca con esclavos!...

y sufragios temporales y espirituales, y ejercitaban unos con otros los oficios de caridad cristiana. Sabiendo uno de los congregantes el mal estado de otro, que dejaba su legítima muger por una concubina, se hallaba en los últimos términos de la vida, y que en esta mala disposicion habia recibido los Sacramentos, fué luego á dar al padre la noticia, la que valió para la conversion de aquel infeliz, y para la salvacion de su alma, segun se pudo conjeturar por las demostraciones con que manifestó despues la sinceridad de su penitencia.

En los partidos de misiones todo procedia con tranquilidad, excepto los taraumares, á quienes como en castigo de sus infidelidades pasadas, afligia Dios con inquietudes continuas de parte de sus enemigos los tobosos, nacion que desde el principio de las revoluciones hasta ahora no han podido sujetarse por medios algunos. Entraban con frecuencia por la provincia Taraumara, talaban los sembrados, y aun acometian tal vez á las poblaciones, aunque no sin resistencia y pérdida. No era esto de admirar en los gentiles y apóstatas, pues aun entre los cristianos no faltaron algunos que diesen mucha inquietud á sus ministros. Efectivamente, se reconocian en los ánimos algunas señales de poca fidelidad; pero el temor las abultaba mas, como suele suceder en semejantes ocasiones. El padre Juan de Sarmiento, que poco ántes habia entrado en la mision de S. Francisco Javier de Satévo, atemorizado de las voces que corrian de que querian matarlo los indios, se resolvió á retirarse y ponerse en seguro mientras pasaba aquella borrasca. Llegó en efecto á montar á caballo para salir del pueblo; pero á pocos pasos, proponiéndosele al pensamiento vivamente que abandonaba la obra de Dios, y dejaba aquellas almas por presa del demonio, fué tanta la avenida de lágrimas y tal la compasion (de que se afectó) que sin poderse contener en presencia de los mismos indios, lloraba tiernísimamente. Los buenos neófitos, aunque ignorantes de la causa le acompañaron en el llanto, y seguido de todos ellos volvió á su casa resuelto á dar mil vidas por el rebaño que Dios ponía á su cuidado. Dentro de pocos dias se disiparon aquellos temores y rumores falsos, y el misionero tuvo nuevos motivos para encenderse mas en el celo santo que lo habia llevado á aquellos países.

Sucesos de los taraumares.

Muerto del padre Fobos Romano.

Muerto del padre Juan...

Año de 1666. Epidemia en estas misiones.

A principios del año siguiente de 1666 prendió en aquellos pueblos una epidemia, aunque no mortal, pero que al principio ignorada la naturaleza del mal, puso en consternacion á aquellas pobres gentes, y dió mucho trabajo á sus ministros. El mayor de todos era ver la resisten-

cia que hacian algunos de los enfermos al Sacramento de la Penitencia y Extremauncion, reliquias que habian quedado en sus ánimos de la pasada apostasia. Los misioneros procuraban con todas sus fuerzas disuadirlos de una opinion tan perniciosa; pero apénas podian conseguirlo de algunos pocos. Aconteció, que uno de los pocos que murieron, y que mas rebelde se habia mostrado á las exhortaciones del padre en no recibir los últimos Sacramentos, acabase finalmente sin ellos. Desde aquel mismo punto en que espiró, se vió un caballo feroz dando saltos continuos y carreras al derredor de su choza, y continuó por muchos dias haciendo lo mismo sobre el lugar de su sepultura, con tanto asombro de todos los indios, que luego fueron á dar aviso al misionero, y pedirle de parte de todos los enfermos que viniese á confesarlos. Vino prontamente, y los vecinos atónitos lo llevaron á enseñarle las huellas del caballo, que decian haber visto, y que por muchos dias quedaron estampadas sobre el sepulcro, segun dejó escrito el padre Gerónimo de Figueroa, superior de aquellas misiones.

Muerte del padre Pedro Romano.

A 28 de agosto del mismo año falleció en el colegio máximo el padre Pedro Romano, varon muy digno de memoria, no tanto por su profana nobleza, como por sus religiosas virtudes. Era sobrino, hijo del hermano mayor del Illmo. Sr. D. Diego Romano, obispo de la Puebla, y fundador del colegio de S. Ambrosio de Valladolid, y por consiguiente por su visabuelo paterno, Fernando Gutierrez Altamirano, descendiente de los nobilísimos duques del infantado, de quien trae tambien su origen la casa de los condes de Santiago en estos reinos, y por su abuela paterna Doña Margarita de Loyola Altamirano, descendiente de la noble y antigua casa de Loyola. Todos estos timbres y otros mucho mayores que prometian sus singulares talentos, ofuscó gloriosamente en el humilde ejercicio de administrador de las haciendas de Tehuacán en los ocho años que se tenia esperanza de aquella fundacion. En este ejercicio, aunque sin sujecion á la campana, observó siempre con suma exactitud la religiosa distribucion. Fué amantísimo de los indios, cuya lengua aprendió para dedicarse toda su vida á su cultivo é instruccion en el Seminario de S. Gregorio, donde finalmente acabó en paz en el dia del glorioso Dr. S. Agustin, á quien habia tenido una constante y tiernísima devocion, la que pagaron sus hijos asistiendo en plena comunidad, y haciendo el oficio sepulcral, á que añadieron en su convento un novenario de misas por su alma.

Muerte del En el colegio del Espíritu Santo de la Puebla pasó á mejor vida el

padre Gerónimo Soriano, natural de Alicante en el reino de Valencia y doctor teólogo de aquella Universidad. Recibido en la Compañía en la provincia de Castilla, pasó á la América con el designio de consagrarse á las misiones de infieles, de que manifestó luego ardientes deseos á los superiores en México. El doctísimo padre Juan de Ledesma, conociendo los grandes fondos del padre Gerónimo, se opuso á esta pretension, insinuando á los superiores cuanto lustre podria dar á la provincia un hombre de tan raros talentos, y persuadiendo al mismo padre Soriano, que entre las tareas de la cátedra no le faltaria tiempo para dedicarse al ministerio de indios, de que el mismo padre Ledesma era un grande ejemplar. Efectivamente, destinado á las tareas literarias, justificó bastantemente el juicio de aquel grande hombre, siendo uno de los mas aplaudidos maestros que han tenido nuestros estudios. Gobernó con singular prudencia el colegio máximo y la Casa Profesa. El Exmo. Sr. D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Alburquerque, virey de estos reinos, habiendo sido promovido á la mitra de Yucatán su confesor el R. P. Fr. Luis de Sifuentes, eligió en su lugar al padre Soriano, y siguió siempre sus dictámenes con la mayor veneracion. Poco mas de un año ántes de su muerte lo visitó el Señor con muchos y dolorosos accidentes, de los cuales falleció el dia 6 de octubre. En el mismo colegio le siguió poco despues el hermano Alberto Falcón, verdadero coadjutor de la Compañía, sencillo, humilde y devoto, singularmente para con el Santísimo Sacramento, en cuya presencia gastaba largos ratos de oracion. De aquí le nacia un profundísimo respeto á los sacerdotes, ante quienes jamás estuvo sino en pié. En medio de los muchos caudales que manejó muchos años por razon de su oficio, permaneció siempre pobre en sí, y tan amante de la pobreza, que no se halló en su aposento la menor alhaja de alguna estimacion. Murió con singular opinion de virtud el dia 9 de diciembre.

padre Gerónimo Soriano.

En la siguiente primavera, faltó al colegio máximo un grande ejemplar de virtud en el padre Juan Tamayo. Gobernó varios colegios con admirable prudencia y coman opinion de hombre que supo juntar la afabilidad y la dulzura con la entereza, y de reclamar con ella y buen celo la mas exacta disciplina. Entró á la religion ya maduro, y quedó desde luego prácticamente persuadido á que la mortificacion, la puntualidad, la devocion y el retiro que se acostumbra en nuestros noviciados, no se habia de acabar con aquellos dos años, sino con el fin de la vida. Lleno de estas máximas, fué maravillosa su constancia en las

1667.
Muerte del padre Juan Tamayo.

distribuciones; su modestia, su silencio y circunspeccion en las palabras. Jamás se vió fuera de su aposento, sino cuando la obediencia ó la necesidad lo pedían. En sus religiosas conversaciones espirituales con los hermanos estudiantes el tiempo que fué prefecto de espíritu, solia repetir muchas veces aquella sentencia de S. Pedro Damiano, que el religioso para los seglares ha de ser como las imágenes, que cuando están cubiertas y retiradas de la vista, causan veneracion, y se les pierde cuando se hacen familiares á los ojos. En un registro muy usado de su Diurno se halló escrita esta memorable sentencia. . . . *Enterraos pues morireis, porque si no deveis mal.* Con tan religiosas disposiciones, y con mas de un año de heroica paciencia en una penosísima enfermedad que no le permitia ni aun el alivio de la cama, murió con admirable tranquilidad el dia 8 de mayo.

Hostilidades de los tobosos

Entre tanto, en las misiones de tarauumares se padecía mucho con los continuos asaltos de los tobosos, á quienes se habian agregado muchos de los apóstatas en las sediciones pasadas. Lo que aconteció por el mes de junio de este año al padre Rodrigo del Castillo, tiene mucho de prodigio para que podamos omitirlo, y manifiesta al mismo tiempo los continuos peligros á que por la salud de los almas estaban siempre expuestos los ministros evangélicos. Volvia dicho padre del real de Minas de *Indebé*, donde habia ido á predicar, y en su compañía cinco españoles, diez indios y dos niños cantores de su iglesia. A la mitad del camino se hallaron repentinamente acometidos de una tropa de enemigos como ciento cincuenta que los esperaban en emboscada. El padre los exhortó á disponerse por actos de contricion á una buena muerte, pues siendo quince los de su caravana, eran el diezmo para poder resistir, y muchos para poderse prometer buen cuartel de aquellos salteadores. Los que acompañaban al padre le hicieron que se retirase porque pensaban defenderse hasta el último trance. Apenas dió pocos pasos, cuando dió en manos de los bárbaros que venian formando un cordon para tomarlos en medio. Dióles á entender el padre que era sacerdote, y luego le respondieron. . . . Pues apártate, porque todos esos han de morir. Diciendo esto, corrió á él el capitán de los cabezas llamado *Juan*, y dijole. . . . No tienes que temer: todos los que aquí venimos somos cristianos y no hemos recibido de tí daño alguno; dame el sombrero y el rosario. Se lo dió luego, y quedóse el indio en pie delante de él, como impidiéndole el ver el lugar de la batalla. Dentro de pocos instantes vió correr ácia el lugar donde estaba toda aquella

multitud, muertos ya todos sus compañeros, y hallándose solo en medio de aquellas fieras con los dos niños que de miedo estaban asidos de la sotana del padre, creyó ser llegada su hora, y comenzó á disponerse para recibir el golpe. Los indios, llegando á él, desnudaron con reverencia sus cabezas y le pidieron que les impusiese á todos las manos. Despues de esta demostracion de tanto respeto, quisieron llevarse los dos indizuelos. A la menor accion que hizo uno de ellos de asirse mas estrechamente al padre, cayó á sus pies atravesado de una flecha. Cautivaron al otro, y de los despojos de los nuestros (muertos) dieron al misionero unas tejas de plata que no quiso recibir. Luego le mandaron marchar á pié y seguirlos hasta la noche que hicieron alto en lo mas fragoso de la sierra. Aquí le mandaron ir á dar la obediencia á los capitanes de los cabezas y tobosos llamados D. Juan y D. Andrés, y estos lo condujeron á un viejo de aspecto venerable, que era el capitán general de aquella liga.

Este lo recibió con bastante afabilidad, luego dió orden de los puestos que debian guardar las centinelas y las espías, y entre tanto que cenaban los demas, quedó solo con el padre. Muy entrada la noche, repentinamente se puso en pié y comenzó á dar voces, á que prontamente acudieron todos con sus armas, formando al derredor de los dos un gran cordon. Hizo poner en pié al misionero, que creia ser ya aquel el último momento de su vida. El anciano, por medio de un intérprete le hizo decir, que no dudase le tenia voluntad, que estuviese sin temor alguno: que solo habia juntado sus gentes para quedar todos informados de lo que queria preguntarle para su gobierno. Tras de este exórdio, le preguntó dónde se hallaba el sargento mayor D. Valerio Cortés: se le respondió que en Guadalupe. Inquirió lo mismo del gobernador de la Nueva-Vizcaya, y sabiendo que un mes antes habia partido á Guadiana, mostró mucho sentimiento de no haber tenido noticia de su viage. Añadió luego, volviéndose al padre, que él lo pondria en libertad, y daria forma de que volviese á su pueblo; pero que no les fuese ingrato como los padres franciscanos, que despues de haberlos vuelto á sus partidos le habian enviado la enfermedad y la hambre de que habian muerto muchos. Imaginaban aquellos salvages que habia sido la epidemia disposicion de los padres franciscanos, y no castigo de Dios, por el modo indigno con que habian tratado á los sacerdotes del Altísimo. A la mañana siguiente, le acomodaron en un mal caballo, y le hicieron andar por sierras fragosísimas hasta las cinco de

la tarde que divisaron la caballada del presidio de Cerro-Gordo, guardada solamente de cuatro soldados. Mandaron al padre que les dijese no pensaran en defenderse ni defender la presa, que se la dejasen llevar buenamente pues no podian resistirles, y que ellos condujesen al padre á su mision. No pudo el misionero persuadir á los soldados que con temeridad se esponian á la muerte. Apenas oyeron los salvages la respuesta, cuando se formaron en seis filas de veinticinco hombres cada una, y pasando todos por delante del padre, bajaban las cabezas y se quitaban los plumages para que les impusiese las manos. Dieron luego el alarido, y destacándose cincuenta hombres ácia la caballada, distante como dos tiros de mosquete, en un momento la espantaron y condujeron ácia el monte. El resto de los indios, marchó ácia los soldados que cercaron por todas partes. El padre, animado con la veneracion que le habian mostrado hasta entónces tuvo el valor de ponerse entre sus flechas y los cuatro españoles. . . . Y bien, les dijo: ya os habeis llevado todo el ganado. ¿Qué pretendeis con derramar la sangre de cuatro inocentes, siendo vosotros ciento? Quiso Dios dar eficacia á sus palabras, y los salvages le dejaron ir en libertad con los cuatro soldados hasta el presidio de Cerro-Gordo, de donde en compañía del padre Bernabé de Soto, que habia salido á buscarle, se volvió despues de algunos dias al pueblo de S. Miguel de las Bocas.

Aquí, pasada ya aquella violenta impresion del susto que no habia dado lugar al sentimiento, y renovándose á cada instante la memoria de aquel funesto catástrofe con las miserias y desolacion de las mugeres viudas, y de los hijos huérfanos, de los que él habia visto morir á sus ojos tan indignamente, junto con la viva representacion de los peligros propios, le ocasionaron una melancolía que degeneró bien presto en peligrosa enfermedad. Sin embargo, su celo para con las ovejas de su rebaño, y su devocion para con el glorioso Arcángel S. Miguel, le hacian trabajar incansablemente, tanto en las funciones de su ministerio apostólico, como en la fábrica de la iglesia de su pueblo dedicada al Santo, y en que él mismo era á las veces maestro, pagador y peon. Añadido este penoso trabajo á sus enfermedades y opresion de corazon que le traia continuamente sobresaltado, apenas le dieron tiempo para acabar y dedicar su iglesia el año siguiente en el dia 6 de mayo. Pocos dias despues hubo de rendirse á la violencia de sus males, en que tuvo un continuo ejercicio de paciencia hasta el dia 15 de agosto. En este dia, llevado de su devocion, quiso esforzarse á decir misa,

alegando que la decia por viático. Efectivamente, a consumir el sacrificio le acometió un accidente, de que á poco rato quedó inmoble, y se le entorpeció la lengua, de modo que apenas se le entendian las jaculatorias que hablaba, tomadas de las santas escrituras. A la entrada de la noche acabó con tranquilidad, rodeado de sus comisioneros y de sus neófitos que mostraban bien en la sinceridad de su llanto cuanto perdian en el padre. Era natural de la Puebla de los Angeles, y por el candor de sus costumbres y afabilidad de su trato, muy amado de todos.

Tales eran las fatigas de los misioneros de la Taramara, y tales los riesgos en que se veian á cada paso por la conservacion y aumento de aquella cristiandad. La insolencia de los rebeldes habia llegado á tanto con la impunidad, que no solo en lo despoblado é interior de la tierra, pero aun en el centro mismo del reino de Nueva-Vizcaya, y aun cuasi á la ciudad de Durango llegaron á insultar talando los campos vecinos, quemando las estancias y robando los ganados; añadiéndose á esta calamidad la carestía de alimentos, y la hambre general que obligaba á la gente pobre á buscar raices por los montes, y aun alimentarse de los animales mas inmundos.

A la hambre, siguió bien presto la enfermedad que en dicha ciudad capital hizo tanto mayor estrago, cuanto era mayor el número de sus habitantes. Se asolaron las casas y familias enteras, con tanta actividad del contagio, que sucedió muchas veces enterrar al dia siguiente muchos de los que el antecedente habian asistido buenos y sanos al funeral de sus parientes y amigos. El Illmo. Sr. D. Juan de Gorospe y Aguirre, obispo de aquella diócesis, y D. Antonio de Oca y Sarmiento, gobernador y capitán general, tomaron todas las providencias é hicieron todos los oficios de un celosísimo pastor, y de un cuidadoso padre. Se hicieron en todas las iglesias de la ciudad muchas demostraciones de penitencia y de piedad para mitigar la ira del cielo, que á todas se mostraba de bronce. Ayudó mucho á la comun consternacion el temor en que se estaba de una invasion de los salvages. No estaban en efecto muy ajenos de un atentado semejante los que algunos dias ántes volviendo del Parral el gobernador con cien hombres armados habian tenido atrevimiento de acometerlo en el paso del rio de las Nasas. No hallando, pues, donde volver los ojos en tanta complicacion de males, resolvieron acojerse, como muchas otras ciudades de América y de Europa, al patrocinio y sombra del grande apóstol de las

Epidemia de Durango.

Indias S. Francisco Javier, que se manifestaba entónces en todo el mundo con ruidosísimos milagros.

En Durango lo eligieren por patrono.

Junto el cabildo de aquella ilustre ciudad, y tomada la licencia del Sr. obispo, fué elegido patron de todo aquel reino, y destinado el juramento para el dia 3 de diciembre de 1668, en que lo ejecutaron con suma aceptacion y regocijo de todos los órdenes y ciudades los Sres. obispo y gobernador. Al dia siguiente proveyó el gobernador un acto para que lo mismo se ejecutase en todos los lugarés del reino, y es del tenor siguiente.

„En la ciudad de Durango de la Nueva-Vizcaya á 4 dias del mes de diciembre de 1668, el Sr. D. Antonio de Oca Sarmiento, caballero del órden de Santiago, señor de las casas y jurisdicciones de Saavedra, Rivadeneira, Casa y Coto de Otarelo, gobernador y capitán general de este reino y provincias de la Nueva-Vizcaya, por S. M. dijo: Que habiendo reconocido que los remedios humanos de este reino son muy cortos para defenderle de los indios enemigos que le infestan, cuya osadía y desahogo cada dia se experimentan mayores, y que el remedio mas eficaz para refrenar los enemigos é impedir la asolacion del reino que por tantas partes amenaza, es acudir á los divinos, y que estos se pidan á S. M. por intercesion del glorioso S. Francisco Javier, apóstol de las Indias; acordó su señoría con todos los vecinos de esta ciudad, elegirle y nombrarlo por patrono de todo este reino, protector de la fé y la paz, sus armas y buenos sucesos de ellas, como se hizo, confirmandolo el Illmo. Sr. Dr. D. Juan de Gorospe y Aguirre, del consejo de S. M., obispo de esta diócesis en su dia. Y para que todo este reino le tenga por patrono y se le haga fiesta solemne en su dia, y se ponga su imágen en todas las iglesias parroquiales, mandaba y mandó se despachen mandamientos á todas las justicias de este reino con insercion de este auto para que se pregone y lo tengan entendido, y le hagan fiesta su dia, con luminarias la víspera; y los alcaldes mayores que al presente son y en adelante fueren, lo cumplan pena de cincuenta pesos, aplicados á la fiesta del mismo Santo; y este auto se ponga en los libros de cabildo ó diputacion, para que en todo tiempo conste y se observe; y así lo proveyó, mandó y firmó.—D. Antonio de Oca Sarmiento.—Ante mí.—Francisco García, secretario de gobernacion y guerra.”

Muerte del padre Leonardo Jatino.

En el colegio de Tepotzotlán falleció este año, de 83 de edad, el padre Leonardo Jatino, natural de Marzala, rector de Sicilia; trabajó 30 años en las misiones de Acaxees y Chicorató. Su génio admirable

para las lenguas le hacia muy proporcionado para este ministerio. Sabia con perfeccion siete ó mas idiomas. Fué maravillosa su pureza de conciencia y su constancia en la mortificacion é interior recogimiento. En los 30 años de misiones, no bajó sino una vez al rio de Oguera por acompañar á un padre, siendo este el único desahogo que ofrecia aquel desierto. Jamás se alimentó sino de maiz molido como el mas infeliz de los indios, y del pan de sus lágrimas, de que parece haber tenido un don particular. Un cacique del pueblo de Oguera, vuelto ya á la provincia el padre Jatino, dijo á algunos misioneros que habian concurrido al mismo pueblo. . . . ¿Veis allí aquella silla? En ella lloraba todo el dia nuestro padre. . . . Quien en las indispensables ocupaciones de una mision hacia tanto lugar al trato interior y comunicacion con Dios, ¿qué haria en el ocio santo y regularidad de un noviciado por espacio de 23 años que en él vivió? Esta abstraccion y modo de vida puramente interior, nos privó en gran parte del conocimiento de sus virtudes enteramente ocultas á los ojos de los hombres que solo podian admirar aquella regularidad, aquel retiro y aquella uniformidad de operaciones virtuosas todas; pero cuyo mayor realce y hermosura era toda interior. Murió con opinion de uno de los hombres mas espirituales y mas perfectos que ha tenido la provincia, el dia 26 de abril.

Se trataba en este tiempo con calor de una nueva expedicion á la California, que prevenia á su costa el capitán D. Francisco Lucenilla, Partió efectivamente de Matanchel con dos navíos para el cabo de S. Lucas, de donde pasó á hacer asiento al puerto de la Paz. Llevaba consigo dos religiosos franciscanos llamados Fr. Juan Caballero y Fr. Juan Ramirez, que procuraron atraer á los naturales del pais, y sembrar en sus ánimos la semilla del Evangelio; pero como la causa comun y de la religion no se liga bien con otros particulares intereses, cuanto trabajaban por su parte los siervos de Dios en la pacificacion é instruccion de aquellas gentes, se deshacia por otro lado con el ejemplo y la insaciable codicia de los demas españoles, que por todos los medios posibles no procuraban sino enriquecerse á costa de aquellos infelices. Así tuvo esta expedicion el mismo éxito que las antecedentes. Prosiguiendo en reconocer la costa, una violenta tempestad maltrató de suerte los dos barcos, que hubieron de arribar á una rada cerca de la embocadura del Yaqui. Los dos religiosos, deseosos siempre de emplearse en la conversion de los indios infieles, atravesando las vastas provin-

Expedicion á California.

cias do Sinaloa y Culiacan, vineron á salir por Acaponeta á la provincia del Nayarit, de cuya conversion se encargó despues la Compañía de Jesus, y en que de paso bautizaron algunos indios. Hace memoria de este viage á la California, y despues al Nayarit el Rmo. Betancourt en la cuarta parte de su *Teatro Mexicano*, tratado quinto, capítulo primero. Y aunque sus palabras algo obscuras dieron sospecha de algun equívoco al autor de los afanes apostólicos, nosotros hallamos la relacion del erudito franciscano muy conforme á los antiguos manuscritos y relaciones á aquel tiempo, con la diferencia sola del año que el *Teatro Mexicano* dice ser de 1667, en lo cual pudo haber un pequeño equívoco, atribuyendo al segundo viage de D. Bernardo Pinadero que fué en 67, lo que debia decirse del primero de D. Francisco Lucenilla, acontecido en el año de que vamos tratando.

Décima séptima congregacion provincial. Año de 1668.

Por el mes de junio, concluidos los tres años del padre Francisco Carboneli, le sucedió en el cargo de provincial el padre Pedro de Valencia, rector que habia sido del colegio máximo el trienio antecedente. Uno de sus primeros cuidados fué la convocacion de congregacion provincial, de que por el próximo noviembre se cumplian ya los seis años. En ella, siendo secretario el padre Manuel de Arteaga, fueron elegidos procuradores el dia 5 de noviembre los padres Francisco de Florencia, catedrático de vísperas de teología en el colegio máximo, y Ambrosio Adrada, rector y maestro de novicios en el colegio de Tepotzotlán. El padre Francisco de Florencia era un hombre muy á propósito para dar un gran crédito á la provincia en las dos cortes á que iba destinado por su religiosidad, por sus letras y por la grande instruccion en todos los asuntos de nuestra Compañía en la América, como lo mostró bien en el trabajo que emprendió despues de su vuelta, y es el único volumen impreso que tenemos de esta provincia. Hemos hecho aquí este pequeño elogio, porque no parezca que el no haberlo seguido ó en el método, ó en algunas particularidades de lo que llevamos escrito, es por ménos estimacion que hagamos de un sugeto distinguido y benemérito.

1669. El siguiente año de 1669 no ofrece cosa alguna digna de particular memoria en lo interior de la provincia. En este medio tiempo desde el año de 64 hasta el presente, habian muerto en México los Illmos. Sres. arzobispos D. Alonso de Cuevas Dávalos y D. Fr. Márcos Ramirez. El poco tiempo que sobrevivieron á su promocion, el uno á la mitra de Oaxaca, y el otro á la de Michoacán, no ha ofrecido en la

série de la historia ocasion alguna para hacer memoria de su nombre y gobierno; sin embargo, el singular afecto de uno y otro á la Compañía, no nos permitió pasar adelante sin este agradecido recuerdo, habiendo el primero honrado los estudios del colegio máximo, y favorecido tanto el segundo al colegio de Valladolid. Para sucederle en esta Iglesia Catedral, fué destinado el Illmo. Sr. D. Fr. Payo Enriquez de Rivera, del orden de S. Agustin, obispo de Guatemala. Muerto á poco tiempo D. Fr. Márcos Ramirez fué promovido á la mitra de México sin haber llegado aun á Michoacán, en que le vino por sucesor el Illmo. y Rmo. D. Fr. Francisco Sarmiento de Luna del mismo orden de S. Agustin.

Ya que hemos referido en el año antecedente la solemne jura de S. Francisco Javier por patrono de la Nueva-Vizcaya, nos será necesario referir aquí algunos efectos de su poderoso patrocinio. No es ménos el haber comenzado desde luego á descaecer las fuerzas de los enemigos tobosos y cabezas, introducirse entre ellos pequeñas discordias, y deshacerse de aquella liga perniciosísima en que habian vivido tanto tiempo. Las pocas hostilidades que emprendieron despues, tuvieron suceso muy contrario á sus deseos, saliendo de todas con pérdida. Esta repentina mudanza dió aliento á D. Juan Antonio de Sarria, alcalde mayor y teniente de gobernador y capitán general de las provincias del Saltillo y villa de Parras para juntar tropa y acometer á los enemigos ya amedrentados en sus mismas rancherías. Se preparaba con ardor para esta expedicion, cuando llegaron de la villa de Parras muchos indios del valle de Coahuila, diciendo, que venian solamente á noticiarle las cosas maravillosas que se habian visto en sus tierras, y que pondremos aquí con las palabras mismas de dicho alcalde mayor, en carta escrita á D. Antonio de Oca, gobernador y capitán general de Nueva-Vizcaya, fecha á 3 de setiembre de 1669. „No escuso (dice) participar á V. S. una novedad digna de reparo que acaban de traerme muchos de los indios vecinos de Coahuila, á que han venido solamente, y es que dicen haberles aparecido una vision ó aspecto que no han podido distinguir, ni ver su rostro, sino solo los resplandores, y algo de sus vestiduras, aunque en confuso, y que estando en el aire media vara suspenso, les enseñaba á persignarse y á rezar, y les amonestaba que fuesen cristianos de corazon, amigos leales de los españoles y vasallos del rey, y adorándole ellos como á Dios no lo permitia, sino les decia que aquello no lo habian de hacer sino con Dios, que esta-

Patrocinio de S. Francisco Javier.